

JESÚS EL DE JOSÉ

JAIME SANÍN ECHEVERRI

Santafé de Bogotá, 1998, Norma, 295 páginas.

Hay que reconocer que la disminución del interés por los temas religiosos durante el siglo XX era muy notoria, aunque en los últimos años se nota una reacción y en la literatura universal percibimos varios títulos que gozan de creciente público lector y circulan en varios idiomas, entre ellos recordemos *Las cartas de Nicodemo* de Jan Dobraczynski, cinco volúmenes de *El Caballo de Troya* de J.J. Benítez, divulgados con éxito a lo largo de la década de los 90, *Rey Jesús* de Robert Graves, *El evangelio según el hijo* de Norman Mailer o *El Evangelio según Jesucristo* del Premio Nobel de Literatura 1998, José Saramago.

Una situación similar se puede percibir en las letras hispanoamericanas y las nacionales. Si es cierto que la tradición de la literatura religiosa en la literatura colombiana es larga y rica, también es verdad que no todas las obras de este género pueden aspirar al rango artístico, a pesar de que hay textos muy valiosos desde los inicios de las letras neogranadinas. Todos reconocemos que también en la literatura contemporánea colombiana el interés hagiográfico disminuyó notablemente. Por esta razón, la reciente aparición del nuevo libro de Jaime Sanín Echeverri *Jesús el de José* resulta llamativo y sorprendente. Los editores de Norma finalizan su

comentario ubicado en la contracarátula con las siguientes palabras: «Aparte de algunas obras apologéticas, este es el primer libro sobre Jesucristo publicado en Colombia».

El autor es bien conocido en el país por sus actividades políticas, culturales y académicas, ha llegado a ser, entre otros, diplomático, senador de la República, Académico de Número o Rector de Universidad. Su aporte a las letras es largo y muy valorado desde los años treinta de este siglo, cuando empezó a trabajar como redactor en *El Colombiano*. Su abundante y variada obra literaria que se inició en 1948, con la publicación de *Una mujer de cuatro en conducta* (casi dos decenas de ediciones en español, llevada a la pantalla de televisión, traducida a varios idiomas –¡150 mil ejemplares en chino!), ha brindado al público, a lo largo de todos estos años lector, novelas, cuentos, ensayos, manifiestos. Ahora nos ofrece una obra más. Un texto excepcional en esta época, por su contenido y por su forma espontánea, libre en la construcción novelesca, sin perder la solidez de la trama, ni la verosimilitud conceptual, ni la agilidad de la narración.

En la tradición religiosa, toda manifestación de la cultura es elaborada y apreciada de

conformidad con la naturaleza humana y sus aspiraciones espirituales, y así parece interpretarla Sanín Echeverri. Él la identifica con la gloria a Dios, aunque, y esto no se puede negar, busca nuevas posibilidades de expresar su actitud personal, frente a las fuerzas trascendentes. El narrador de los cuadros de la vida de Jesús, por lo general, toma la posición de espectador o de acompañante, pero ¡cuidado!, no se asemeja a un historiador o comentarista de los hechos históricos quienes nos dejaron los testimonios escritos sobre el Nazareno, como José Flavio o Cornelio Tácito, sino a una persona allegada a la familia de José el carpintero, María y su niño. Podríamos decir, a un testigo de la intimidad familiar, alguien que los acompañaba diariamente en sus quehaceres, compartía sus alegrías y pesares. ¡Aunque fuera espiritualmente o en la imaginación! En esta novela no hay consideraciones sobre la vida pública de Jesús, porque su trama se centra en los aspectos íntimos del hogar de José. Se insiste en profundizar acerca del Dios Hombre Verdadero y la privacidad de las relaciones filiales con María y su padre putativo. Por esta razón, no hallamos nada de espectacular en los acontecimientos escritos, porque el propósito parece ser de trato personal, muy humano. Este ambiente particular se hace sentir a lo largo del libro. Hasta en los momentos muy significativos, todo parece ser natural, aunque no del todo comprensible, como, por ejemplo, el mismo nacimiento de Jesús: «Se volvió a María y vio cómo salía en ese instante de su túnica la cabecita del niño. La tomó en sus manos. Salieron las del niño, su tronco, sus pies. Bajó la Virgen de lo alto sus ojos y contempló con qué delicadeza colocaba José el cuerpo del niño Jesús sobre los linos blancos que estaban en las tablas. Ni él ni la misma María entendieron cómo había ocurrido» (págs. 66, 67). El misterio de la vida y el Misterio de la Vida, en tanto uno solo, invitan, inquietan, pero no se dejan penetrar. Todos reconocemos que el hombre busca la verdad, se acerca a ella, pero no es su creador. Esta cercanía se refleja no solamente en

la observación, como si fuera presencial, sino en el manejo del lenguaje que, siendo culto y aquilatado, de vez en cuando, toma los tonos confidenciales de una plática, por sus palabras coloquiales o familiares: «ventanuco» (pág. 25), «bebete» (pág. 188), etc.

La narración trata de insinuar la objetividad del mundo creado (el realismo, eso es bien sabido, es la corriente cultural cristiana, por excelencia), pero si es cierto que a menudo acude a la licencia poética, también se puede afirmar que está fundamentada en la tradición escrita que heredó la humanidad. En los aspectos que pueden ser significativos para algunos lectores, el autor cambia la posición neutral del narrador e indica las fuentes de la información: «Parcos como son los evangelistas en todo lo que sea accidental o adjetivo, no se sabe si Jesús era rubio como José, pelinegro como María, pesado o liviano, flaco o robusto» (p. 73). A veces acude a las citas o referencias tomadas del *Nuevo Testamento*, de forma libre o señalando al autor, como por ejemplo: «<Ambos eran justos delante de Dios –dice Lucas– y andaban irreprehensibles en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor>», y, en otras ocasiones, introduce las referencias exactas de los pasajes mencionados de uno de los Evangelios, como por ejemplo: «<La Virgen quedará encinta y tendrá un hijo, al que pondrán por nombre Emmanuel>» (p. 54), «<María guardaba todo esto en su corazón y lo tenía muy presente>» (p. 76) o «<Había sido enviado para que los ciegos vieran y los que veían se volvieran ciegos (Juan 9, 39)>» (p. 252). Se usan los mismos recursos en referencia al *Antiguo Testamento*, por ejemplo, indicando los textos de *Éxodo* del Pentateuco (p. 81), los de *Oseas* de los *Libros proféticos* (ps. 102, 103), o los *Salmos* de los *Libros poéticos y sapienciales* (p. 113).

El autor cuida la expresión realista de la ficción, no recurre con frecuencia ni a la simbolización, ni a la metaforización, tan representativas

para la literatura mística. No obstante hay que reconocer que el nivel de poetización de este texto es elevado, especialmente por las imágenes y su sugestiva plasticidad clásica. Tomemos este ejemplo, donde lo pictórico está secundado por la distribución de párrafos e insinúa la versificación al estilo de los salmos o los cánticos: «Dos palomas anidaron en el ventanuco y no permitían que entrara el frío. // Amanecieron blancas las rosas. // La tejedora madrugó por agua acompañada por el artesano. // La aldea olía toda a azuceña. // Un amanecer, bajo los arreboles y los rosicleres, [...]» (pág. 25). También, la narración, en distintas oportunidades, acude a la expresión lírica y hace relevante el uso de los sentimientos, a veces tácitos, como en las líneas que describen los últimos momentos del Patriarca: «Abrió José los brazos y los ojos y sonrió. Miró primero a su mujer y se fijó en Jesús. María le tomó la mano derecha y Jesús la otra. Jesús resistió aquella mirada inmóvil modulando un salmo, y cuando advirtió que algo le quemaba el rostro soltó la mano de la de su padre, ya desgonzada, y advirtió que su madre tenía la mirada clavada en él, llorosa también. No dijeron una palabra, y María cerró suavemente los ojos de su marido» (pág. 156). Queremos llamar la atención sobre la sensibilidad de este fragmento y la de muchos otros que revelan momentos trágicos, pero también alegres, emotivos o de compasión, de júbilo o de pasión. El autor enfatiza uno de los valores más importantes para el hombre, el sentimiento, y el cual, en la actualidad, cuando todo parece ser enfocado hacia la razón, la sociedad niega o rehuye frecuentemente. Los sentimientos son vistos como algo anticuado o motivo de juego y manipulación para los hombres «racionales». Ante la dominante insensibilidad y el egoísmo, Jaime Sanín considera que es conveniente recordar a los lectores su polo opuesto y positivo, y, de este modo, contribuir a una reflexión distinta y válida.

A lo largo de la narración, se percibe una proyección antropológico-filosófica cristiana y

hasta, en algunos momentos, cercana a la teológica, especialmente en la manera como el autor acude a las verdades fundamentales de la religión sobre la creación del hombre a la imagen de Dios y su participación en la verdad y el bien. Este objetivo se nota de modo muy insinuante en el personaje de José cuya vida no era nada fácil, pero sí ejemplar, justa, precisamente fundamentada en los verdaderos valores. El humilde artesano vive la fe, se aleja de los que viven de las apariencias y ceden fácilmente ante el placer, o el becerro de oro, o el conformismo, y se corrompen, como Habacuc, quien facilitó en un oasis de Egipto un humilde techo a su familia; José prefiere irse calladamente «a alguna aldea donde nadie, pero mucho menos Habacuc, volviera a saber de su paradero» (pág.130), y no exponerse a las tentaciones. Su firmeza, su integridad, se aquilatan durante su vida en la búsqueda de la verdad. Es conveniente hacer en este momento una digresión. La oposición entre el rico joyero y el necesitado carpintero sugiere las analogías sociales por encima de los tiempos, pero también insinúa que en todas las naciones puede haber gentes virtuosas y santas, e igualmente las corruptas y viciosas. Por otra parte, en ese entonces, pero también hoy día, los países imperiales, como el Egipto del faraón, o superpotencias democráticas de los presidentes de actualidad, atraían y siguen atrayendo a muchos. Los Herodes o los Habacucs no existen únicamente en el pasado. Y la incomprensible locura del poder, de la codicia, de lo fácil o de lo placentero parece ser inherente a la naturaleza humana. Mas, en cualesquiera que sean las circunstancias, el hombre dispone de la razón, puede ejercer su libertad. Es él quien decide su destino, el camino que quiere escoger; es él quien puede, con esfuerzo e ilusión, construir cada penoso día de la victoria u optar por el oropel de fáciles triunfos. Surge la pregunta latente a lo largo de las páginas del libro: ¿Y yo, por dónde ando y adónde voy?

Este cuestionamiento inquieta profundamente, durante y después de la lectura del libro. La universalidad hace compañía a lo particular y converge en la figura novelesca de José. Pero, este modelo de cristiano no aparece en las páginas como un personaje acartonado; todo lo contrario, vive en plenitud sus diferentes etapas. Se enamora de María, la bella y muy diestra tejedora que también descendía del rey poeta. «Y no era atracción, ni afición, ni adicción lo que sentía por la doncella. Era amor» (pág. 22). José sabe disfrutar y compartir. Aparece también como un buen cantor y aficionado pulsador de la cítara, que sabe contagiar su alegría a todos los que lo rodean. Él sabía que un rato alegre, una fiesta, ayudan a afirmar la entereza del hombre, a consolidar sus lazos con los demás; puede acercarlo a vivir el Bien. La música, la oración, la contemplación, son los valores espirituales que José cultivaba y con los cuales se regocijaba. Gozando de su libertad, daba igualmente mucha importancia al ejercicio de los deberes. Siempre estaba presto a servir a los que lo necesitaban y todo trabajo que realizaba tuvo que ser fuente de su satisfacción. «Para ganarse el pan tardaba tres veces más que otros. Era su manera de ser. La perfección es morosa. En cualquier trabajo suyo se deleitaba tanto, tenía tanto placer en la madera, la piedra, el agua, el cuero, que experimentaba nostalgia al separarse de los materiales para entregar la obra concluida» (pág.16). Para él, el trabajo es un don que le permite realizarse, ser más hombre, hacer continua su vida, extenderla por intermedio de sus resultados y sus productos.

El libro, aunque es una biografía novelada de Jesús, recalca la figura de José, y este procedimiento es intencional. Se anuncia ya en el título mismo del libro *Jesús el de José*, y tiene varios objetivos. Indica la importancia de la ascendencia de Jesús como Dios y Hombre Verdadero, de acuerdo con las profecías. También permite sugerir la filiación divina de todo hombre, sin importar su posición social ni riqueza, y,

desde luego, exaltar la igualdad de todos. En el siguiente fragmento vemos cómo el narrador confronta la vanidad con la sencillez e insinúa cómo hay que superar las apariencias y exaltar los valores verdaderos: «pues siete carros de familias acaudaladas y ostentosas iban y venían continuamente, queriendo exhibirse ante todos como directos vástagos de David. Pero esto no era ahí distinción. Todos alardeaban de pertenecer a la misma ascendencia. También los vendedores callejeros de fritangas y los que ofrecían estrellas de cinco puntas manufacturadas graciosamente en cuero, en pergamino y en papiro. En plena calle muchos escribas confeccionaban las genealogías e inscribían los registros complicados del censo [...]. Era la lista genealógica, tanto de José como de María, en cuyas ramas figuraba el profeta rey y en sus raíces el padre Adán. José quería ante todo cumplir el trámite curialesco impuesto por el emperador Augusto» (p.63). El pobre artesano lleva a cabo un deber más, el cívico. Aunque no es que no pueda poner en duda las leyes humanas. Él sabe claramente que muchas de ellas, algunas determinaciones o decretos, son injustas, como la frase: «Quien no censare, haga de cuenta que no existe» (p.60), porque, a veces, niegan la existencia real del hombre, porque niegan la dignidad de la persona y no responden ni al bien común, ni a la aspiración individual.

Antes de terminar estos apuntes, queremos señalar algunos elementos creativos de la invención del autor. Hallamos en *Jesús el de José* algunas llamativas licencias poéticas que contribuyen a la sensación del ambiente novelesco, pero que al mismo tiempo no se alejan de la tradición del *Nuevo Testamento*. El Egipto aparece como un país rico, que comparado con Judea, parece ser de ensueño, como estas metrópolis adonde tienen que acudir todos los hombres que quieren cumplir con los llamados de su época. Como otra muestra, podemos señalar, por ejemplo, el motivo del burro. Zacarías, en agradecimiento por todas las atenciones prestadas a Isa-

bel por María, le regaló un burro que, luego, aparece en varias oportunidades como un don de la Providencia. En éste viajó María a Jerusalén a cumplir con la obligación del censo, en éste regresó a Nazaret. También él fue medio de transporte cuando huyó la familia de José a Egipto. El asno también, al ser vendido, garantizó los recursos para la travesía de regreso en barco. En la versión de Jaime Sanín Echeverri, después de los años, el burro de la entrada victoriosa de Jesús a Jerusalén, era el pariente del burro regalado por Zacarías. ¿Juego de la imaginación? ¿Quizá, este motivo es un componente de la estructura literaria o busca demostrar la mano providencial? ¿Tal vez, pretende exponer ambas ideas? Otro elemento de la inventiva es la visita de los Reyes Magos en Nazaret. Ya no es el clásico homenaje que supuestamente ocurrió en Belén, según el autor, tuvo lugar en Nazaret. ¿Y cuál es la finalidad de esta modificación? Seguramente, no lo es una originalidad forzada. Allá tenía que anunciarse la necesidad de la huida al Egipto. Allá, Gaspar entregó el tributo de oro al Rey de los reyes, la dádiva que sirvió, luego, a la familia de Jesús para cubrir los gastos del viaje. Tenían que estar en Nazaret, porque «*De Egipto llamé a mi hijo*» dice Oseas. «Al regresar a Nazaret caminará con el garbo egipcio, hablará o apenas balbucirá en arameo, en hebreo y en egipcio. Será recibido como un niño extranjero» (pág.103). En este fragmento y en muchos otros se ve la importancia que Sanín Echeverri da a las profecías.

Una gran sorpresa nos ofrece, igualmente, el desenlace de esta novela, una especie de *collage*

literario y teológico. «Resucitó. No está aquí. [...]». ¿Dónde había de estar? Naturalmente la primera visita del resucitado fue a su santísima madre. La Virgen no lo relató a nadie, ni a Lucas el documentalista, porque también en su familia había asuntos íntimos que a nadie sino a sus miembros interesaban»(págs. 292, 293). María cayó en un duermevela, pero ya interrumpió el entresueño, ya no era un sueño: vió y abrazó a José y también a Jesús. El autor recuerda que muchos creyentes creen devotamente que la Familia Sagrada entera está en el cielo y solamente allá veremos, si «nos asisten en la última agonía» (pág.295). Una vez más se aclara el título del libro: *Jesús el de José*.

Estimamos que los objetivos del autor no son meramente religiosos y están lejanos de los fines moralizantes o de la aspiración parenética en estos nuestros tiempos, cuando «una de las mayores amenazas en este fin de siglo es la tentación de la desesperación», como lo señala Juan Pablo II en su última Encíclica *Fe y razón*. Jaime Sanín Echeverri no exhorta a los lectores, sino les acerca con cariño la figura central de los dos mil años del cristianismo. Esta actitud, tan afirmativa, humana, verdadera, plena, es el reflejo del auténtico e infalible Amor; el amor, como en los inicios del cristianismo, cuando todos los miembros de las primeras comunidades querían sinceramente a Dios y se querían mutuamente. Su novela está en contra de las corrientes de hoy, pero es actual y seguirá actual. ■

BOGDAN PIOTROWSKI